

escritores de América; el primero que concibió con toda claridad la idea de que la Belleza no es una causa, sino un efecto. Un efecto que opera -para em-

plear un término que le es caro- sobre la sensibilidad y los sentimientos por vía de una inteligencia, como en la que reconocemos hoy el más alto mérito de

su obra, admirado amigo y maestro, Adolfo Bioy Casares,

•  en la entrega del premio Alfonso Reyes.

LECCIONES DE BIOY CASARES

ADOLFO CASTAÑÓN

HE LEÍDO A ADOLFO BIOY CASARES DESDE

1969. Su nombre y su obra van naturalmente unidos a los de Jorge Luis Borges y de José Bianca. En su compañía he seguido fiel a esa sombra plural formada por ciertos escritores amigos de la revista Sur. Esa admiración compartida me ha llevado a imaginar que mi lealtad no se dedicaba a unos autores aislados sino a una gramática, digamos a una tradición sigilosa.

Lo ha frecuentado el curso de mis edades. El adolescente se entregó cautivado a sus máquinas, sucumbió a sus juegos con el tiempo y la cirugía, persiguió como un eco la correspondencia entre los tejidos del sueño y las tramas del cielo. El joven, menos intoxicado por discursos aparatosos, volvió a ser capturado unos años más tarde cuando encontró en sus novelas y cuentos los rostros que le hurtaba, como hoy, la realidad. Se desdobló el autor de experimentos y apareció un observador sagaz y simpático del distante prójimo. El teatro de las ideas ganó profundidad con la comedia de la vida retratada. Entre tanto me dejaba aconsejar por sus ensayos, *La otra aventura*; frecuentaba hasta desencadenarla *La antología de la literatura fantástica* preparada por él, Borges y Silvina Ocampo. La consulta asidua de *El diccionario del argentino exquisito* me inmunió menos contra la lectura desafogada de los diarios que contra la práctica redentora de la opinión burocrática. A las *Crónicas* e historias del bicéfalo Bustos Domecq debo el precoz alivio de unos sarampiones vanguardistas que, por lo demás, nunca pasaron de calentura.

Hace unos años merecí la revelación de otro Bioy Casares, para mí, mas esencial. Cuando apareció *La aventura de un fotógrafo en La Plata*, mi esposa -lectora empedernida del ilustre tocayo-, se apoderó del libro y lo devoró en una tarde. A la mañana siguiente, dijo al des-

pertar que había soñado la novela. Esa misma noche me sucedió lo mismo. Se inició un maravilloso y perdurable descubrimiento: supe que muchas obras de Bioy Casares estaban impregnadas de vida onírica y que sus ficciones admiten ser leídas, por así decir, desde el otro lado del espejo. Ese tránsito espontáneo de la lectura hacia el sueño invierte el procedimiento que recomienda Dunne en *Un experimento con el tiempo*. El testimonio puede interesar más a la psicología que a la literatura; aquí me gustaría subrayar ese misterioso hecho estético: las novelas y cuentos de Bioy Casares se diluyen como azúcar en el agua de los sueños. No lo acuso de **ser** un médium cuya herramienta es el alfabeto. Me parece adivinar en esa virtud un arte del escritor. El conocimiento práctico del

movimiento y del ritmo que gobierna las formas de la imaginación no es ajeno al arte de contar historias. Ese oficio tiene cierta afinidad con el de los navegantes que surcan el delta del Tigre y pierden y recobran su rumbo. Supone, además, otra práctica: la inteligencia de la amistad. Pienso en el entendimiento, casi dirigía en la complicidad que sus cuentos y narraciones valientes e irónicas manifiestan entre los mundos de la mente y su metamorfosis en las descripciones piadosas o humorísticas de la realidad natural e instintiva. La amistad inteligente de Adolfo Bioy Casares propicia esa lección.

• *Leído en el "Homenaje a Adolfo Bioy Casares" en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM el 2 de julio de 1991.*



Saltimbanqui. óleo, 1982